

Todo es relativo

Gonzalo Larumbe Gutiérrez

Recuerdo cuando íbamos a las ferias, los autos de choque y las atracciones infantiles. En una ocasión, en fiestas de Rentería, compramos seis pollitos, y luego, por la noche, descubrimos que en un juego de cocina para niñas que tenía mi prima aparecían, en una olla, exactamente seis pollitos pintados. Con ésta y otras analogías imaginábamos que existía una conjura secreta de alguien con no se sabía bien qué intenciones. Imaginábamos estas historias al estilo de *El péndulo de Foucault* o del método paranoico-crítico de Dalí. Aquella me parece mi primera experiencia filosófica. Luego resulta que hay escritores (filósofos o no) que dicen que existe una conjura secreta o una sociedad de iniciados que gobierna el mundo. "Pero si no existen pruebas de que exista una conjura" dice un escéptico. "Claro, pero es que hay una conjura para esconder las pruebas". Ejemplos de esta actitud son los libros que dicen que *Ningún avión se estrelló en el Pentágono* o los de J. J. Benítez.

Gran parte de la filosofía es o ha sido una charlatanería. "Ruido asignificante" como decían los positivistas. David Stove ha descalificado ciertas corrientes filosóficas como la hermenéutica o la semiótica. Compara esta corriente con el *Finnegans Wake* de Joyce, abigarrada colección de retruécanos que pasa por obra maestra literaria.

"Está enteramente fuera de la cuestión, por supuesto, para mí o para cualquiera criticar esa corriente: buscar errores fácticos o lógicos en Barthes, Foucault, Derrida, Heidegger es como detectar errores tipográficos en el Finnegans Wake. Es una perfecta pérdida de tiempo leer a estos autores y preguntar si han hecho las cosas bien, cuando no existe un posible camino en el que uno podría decir si ellos se han equivocado".

En el caso Heidegger a mí me da la sensación que es un autor ininteligible. Umberto Eco ya ha señalado que la distinción entre ser y ente en que se basa su filosofía no existe en idiomas como el inglés donde *Sein* y *Seinde* se traducen como *Being*.

La filosofía de Foucault tiene una explicación más sencilla (pese a que su lenguaje, en ocasiones, es complejo). Foucault se regocija, en sus críticas del *Quijote* o de *Bouvard y Pecuchet* con "el discurso que se pliega sobre sí mismo". Esto es, que existe una paradoja donde no hay distinción entre lenguaje y metalenguaje. Supongamos las siguientes dos proposiciones:

(a) "Sócrates es cretense"

(b) "La proposición anterior es falsa"

La proposición (a) está en el nivel del lenguaje y la proposición (b) en el nivel del metalenguaje.

Bien, lo que sucede en el *Quijote* es que el caballero Don Quijote lee un libro que es, precisamente, el *Quijote*. Esto produce una paradoja del tipo de la paradoja del cretense, que se puede parafrasear así: "Yo estoy mintiendo".

El problema en la filosofía de Foucault es que, para él, el mundo es como un juego de cajas chinas, donde todo son lenguajes y metalenguajes, pero, fuera del lenguaje, no existe realidad alguna.

Es el extremo relativismo. Las teorías científicas son como los gustos gastronómicos: cada persona o cada época tiene los suyos, pero no hay un punto de vista que sea más próximo a la verdad.

Con estos presupuestos, es imposible distinguir la ciencia de la magia, ni decir si un neurólogo puede conocer las enfermedades del cerebro mejor que el santón que te impone la mano.

Foucault, Barthes, Derrida y, en general, los filósofos llamados postmodernos sostienen una misma superstición: no existe el mundo real.

Por extraño que parezca, esta es la afirmación que sostienen la mayoría, o quizá todos los filósofos postmodernos.

Una vez, Bertrand Russell recibió una carta de Cristinne Ladd Franklin, una eminente especialista en lógica, en la que decía que era solipsista, y que le sorprendía que no hubiera otros que compartieran su posición. "Viniendo de una especialista en lógica, esa sorpresa me sorprendió" anota Russell.

El solipsismo, como se sabe, es la doctrina de que sólo existe una persona, el "yo", y el resto es una ilusión. Por muy absurda que parezca, esta postura ha sido defendida por muchos filósofos. Ahora bien lo que la señora Franklin decía era:

(a) Sólo existo yo.

(b) Me extraña que no existan otras personas que creen que existen sólo ellas.

Ahora bien, si sólo existe ella, no puede haber otros, sean solipsistas o realistas.

David Stove dice que uno de los grandes defectos de los filósofos es que suelen confundir el lenguaje con el mundo real. Por ejemplo cita cierta opinión de un historiador de moda que dice que el Pacífico es una invención europea. David Stove supone que si dicho historiador fuera *“abandonado entre Valparaíso y Dunedin, por ejemplo, y después se le preguntara si seguía pensando que el Pacífico era una invención de la mente europea”* probablemente habría cambiado de opinión.

La dificultad de distinguir entre el lenguaje y la realidad, aparece por ejemplo en el Evangelio de San

Juan (justamente celebrado por su profundidad filosófica). Como dice David Stove:

“En principio era el verbo y el verbo estaba en Dios y el verbo era Dios resume con bastante exactitud una de las ideas más duraderas y también más lunáticas de la filosofía. (Este pasaje también es interesante porque demuestra que dos afirmaciones pueden ser incoherentes sin que ninguna de ellas sea inteligible)”.

Confundir el lenguaje con la realidad. Ese es el error de filósofos como Foucault y Derrida, o de críticos literarios como Barthes. ■

